

Medita usted por favor al respecto, analicen objetivamente y autoevalúen su conducta durante las próximas dos horas. Si su carcajómetro interno supera las 3,547 señales, quiere decir que tienen ustedes algún sentido del humor y quiere decir también que nuestros ponentes no nos han defraudado y, por lo tanto, que “El humor en la ciencia” ¡existe!

Y ahora, dos palabras sobre el humor.

El humor —ya fueron dos palabras y aún no he dicho mucho, así que, siguiendo todo el rigor científico que impone esta particularísima y celebrísima ocasión, tomaré dos minutos y 18 segundos más de su tiempo y en 372 palabras (favor de constatar y contarlas si acaso desarrollaron cualquier duda respecto al quantum de la aseveración)— diré que, para muchos, como Freud (1905) y Grotjahn (1957), el humor constituye una fuerza liberadora y creadora, mientras que para otros, como Platón (Filebo), el humor hace salir a la superficie todo lo feo y destructor.

Lo que es un hecho, es que, a través del humor quedan en suspenso las reglas de lógica, de tiempo, de lugar, de la realidad y de la conducta razonable.

El humor es un proceso eminentemente social, y en cuanto experiencia compartida, hace más fácil entre otras la regresión y reduce la ansiedad. Prácticamente todas las sociedades han creado formas institucionales de humor, con el fin primordial de que sirvan de expansión y de control social. Un ejemplo extremo de esa forma institucional de humor lo encontramos entre los Esquimales de Groenlandia, en donde las querellas se resuelven muchas

veces mediante “duelos jocosos”. Cada uno de los contendientes armado sólo de un tambor con el que se acompaña, recita una serie de insultos humorísticos y de chistes obscenos para ridiculizar a su contrario. El que consigue provocar mayores risas en el auditorio es el vencedor. El que pierde es humillado hasta el extremo y, a veces, se ve obligado a destrerrarse.

El humor es una especie de “metacomunicación” que nos da licencia para apartarnos de la realidad y de lo convencional. La agresividad, la obscenidad y el absurdo están permitidos por un momento. El humor se reviste de cierta inmunidad y permite libertades de otro modo proscritas.

El chiste, pues, sirve de disfraz a los deseos prohibidos y cuando la reflexión intelectual retira dicho disfraz, acaba con el humor. Explicar un chiste es destruirlo y cuando el chiste es demasiado claro, pierde gran parte de su gracia.

¿Pueden entonces compaginarse estos dos fenómenos: el Humor y la Ciencia?

Esto quedará probablemente contestado al finalizar nuestra reunión de esta tarde. Pero lo que, sin duda, sucederá, será que el hecho mismo de que un grupo de personas más o menos afines estemos compartiendo la experiencia del humor, promoverá una cierta solidaridad, dará la oportunidad de ridiculizarnos mutuamente, reducirá sentimientos de ansiedad y, sobre todo, servirá de válvula de escape en estos momentos de tensión por los que todos —en mayor o menor grado— estamos pasando.

“Palabra, ciencia, humor y etcétera”

Rebeca Slomianski
Conacyt

En la interpretación de los hechos pueden existir confusiones. ¿Cómo verán los científicos de un futuro a los actuales? Algo así como ahora concebimos las antiguas culturas.

Nuevos descubrimientos en las ruinas del Instituto Tecnológico de California en la antigua Pasadena y de Ciudad Universitaria en pleno centro de Nuevo Distrito Federal (Fig. 1), permiten dar un paso adelante en nuestro conocimiento acerca de los científicos del siglo XX. Estos descubrimientos redondean el

concienzudo análisis que se ha venido realizando hasta la fecha con base a diversas fuentes: documentos, grabaciones, videotapes, libros, mitos, leyendas y otras.

No se ha definido si los científicos eran una clase social, un grupo étnico, una secta religiosa o miembros (Fig. 2) de una cofradía secreta. Se cree que reunían características de los cuatro grupos, aunque predominaban las de los dos últimos. Sabemos que gustaban emplear el inglés como lengua común, pero hasta ahora las evidencias indican que ser científico no constituía una nacionalidad.

Su organización era tribal: científicos jóvenes se reunían alrededor de un “padre académico” al que veneraban y que imponía una serie de normas llamadas “moda científica”. Sabemos que a estos patriarcas se les decía

Fig. 1. Ruinas de Ciudad Universitaria.

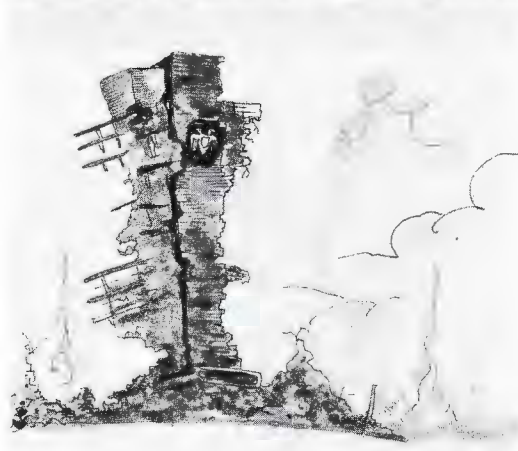


Fig. 2. No se ha definido si los científicos eran una clase social, un grupo étnico, una secta religiosa o miembros de una cofradía secreta.



Fig. 3. Cuando moría un gran jefe científico, pasaba a formar parte del totem tribal.



vacas sagradas, pero nunca se ha comprobado que comieran pasto. La máxima aspiración de los jóvenes era llegar a ser algún día el padre académico de su tribu. Varias tribus de científicos integraban un clan, cuyos miembros sin ser parientes entre sí, reunían todas las características de una gran familia, con envidias y todo.

Cuando moría un gran jefe científico pasaba a formar parte del totem tribal (Fig. 3). La deidificación era una práctica frecuente y los científicos eran politeístas. Su rica mitología incluía dioses tribales y grandes dioses, que eran venerados por todo un clan. Llegan hasta nuestros días los nombres de algunas importantes deidades: el clan de biólogos idolatraba, por ejemplo, a San Carlos Darwin, a

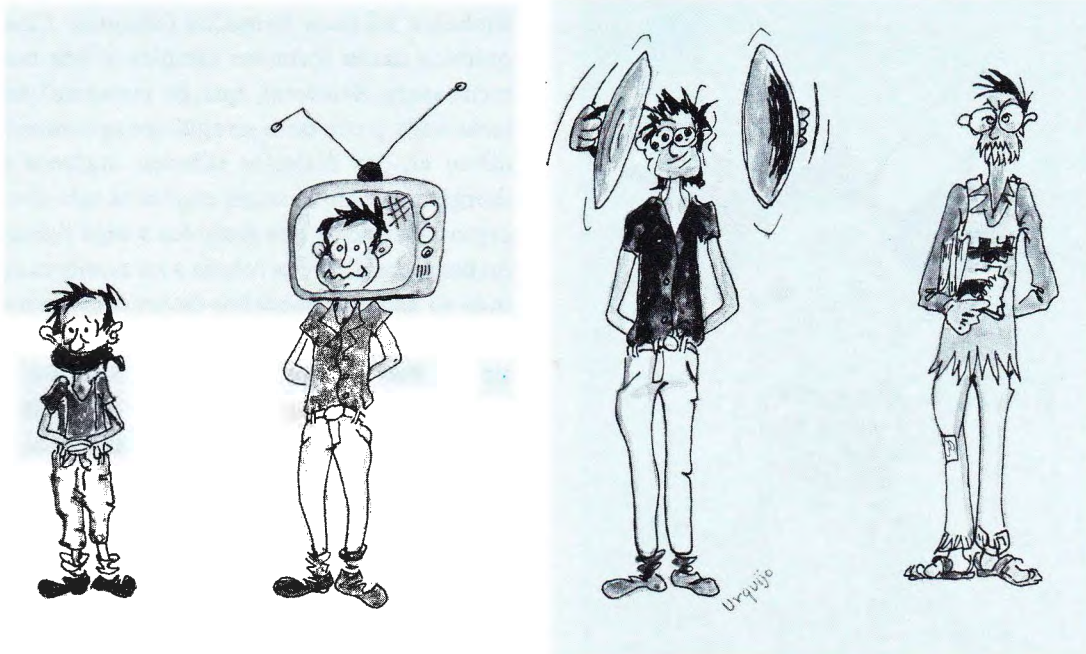
Fig. 4. San Carlos Marx.



San Gregorio Mendel y a los beatos Watson y Crik; los físicos acudían con sus peticiones a San Isaac Newton y a San Alberto Einstein, dioses opuestos en su cosmogonía, muy poblada por cierto; mientras los químicos le rezaban a la madona María Curie; los científicos sociales adoraban al milagroso (Fig. 4) San Carlos Marx y los sicólogos a San Segismundo Freud y sus apóstoles, que llevaron su palabra a todo el orbe. A estos dioses se les brindaban ofrendas de papel con su sagrado nombre escrito repetidas veces y cuando la realidad no se ajustaba a sus teorías acostumbraban poner de cabeza su imagen.

Los científicos del siglo XX eran herederos auténticos de tradiciones antiguas amantes del sigilo, el secreto y el misterio. Imitaban así

Fig. 5. Primordio, Secundordio, Preparatordio y aspirante a iniciado científico.



a los herméticos seguidores del dios Hermes, a la secta secreta del griego Pitágoras, a los calalistas y a los alquimistas. Para mantener sus secretos científicos a salvo recurrían a elaborados ritos iniciáticos y a complicados idiomas secretos.

La finalidad de los ritos iniciáticos era disuadir a los débiles y de poca fe. Comenzaban cuando los individuos eran apenas unos niños, entonces se les imponía un tratamiento para destruir su curiosidad, coartar su fantasía, inhibiéndoseles su capacidad de hacer preguntas y enseñándoseles a someterse a la autoridad. A esto se le llamaba educación (Fig. 5) y se aplicaba en locales denominados primordio, secundordio y preparatordio. Base del tratamiento eran unas pruebas terribles, llamadas precisamente pruebas o exámenes, con series de adivinanzas peores que la de Edipo de Tebas y maratones de memoria. Los mentores o maestros del primordio, secundordio y preparatordio hacían su labor como castigo, de otra forma no se explica que trabajaran por sueldos misérrimos. Aunque es muy probable que esto fuera una exigencia del sistema, porque sólo manteniendo a los mentores de mal humor y con neurósisis crónica, los

incrédulos y poco tenaces aspirantes renunciaban definitivamente al conocimiento científico.

Al llegar a la mayoría de edad y después de triunfar en las pruebas del preparatordio, los aspirantes a iniciado científico cumplían un elaborado rito llamado admisión. Ofrendaban unos promedios, presentaban unos papeleos llamados burocráticos y finalmente rendían una prueba. Esta consistía en un larguísimo interrogatorio de los jueces, donde el candidato capaz de contestar más rápido y más veces a la serie de preguntas era aceptado en la gran cofrade secreta llamada Universidad. Pero, esto no era todo, el aspirante todavía pasaba por una etapa inicial denominada novatadas y por una serie de materias coladeras, si resistía, podía considerarse ya “aspirante a iniciado científico”, puesto que le daba el derecho a permanecer cuatro o más años en la Universidad. Durante este tiempo el aspirante tenía que soportar muchísimas pruebas para ser considerado iniciado o liquenciado- que así los llamaban. La prueba de iniciación o examen de liquenciatura era la más tremenda de todas, reunía maratones de preguntas, servicios sociales, papeleos buro-

Fig. 6. ¡Antes del examen!



cráticos y la presentación de una enorme ofrenda de papel, dedicada a las deidades del clan al que se quería pertenecer, escrita en un idioma secreto y que denominaban tesis.

Es bien sabido que cada clan tenía su propio lenguaje siempre inaccesible. Clan mate-

mática usaba jeroglíficos y números. Clan física trataba de encajar la realidad en una criptografía semejante a matemática y a unos símbolos mágicos llamados fórmulas. Clan química usaba fórmulas también y una nomenclatura elemental, que de elemental no tenía nada y con estos jeroglíficos se comunicaban en dos dialectos tribales: orgánica e inorgánica. Clan biología empleaba más conceptos abstractos que símbolos y algo llamado taxonomía, que se refería a los nombres de toda su gama de pequeños dioses encarnados en animales o plantas. Clan ciencias sociales sin emplear signos, tenía una comunicación bastante complicada por sus múltiples referencias a las sagradas escrituras y las palabras de los profetas. Clan filosofía, finalmente, usaba un lenguaje tal, que ni los iniciados pretendían entenderlo.

Estos lenguajes eran enseñados en la Universidad ante un altar “pizarrón” y cada vez que los aspirantes aprendían un fragmento eran sometidos a un examen. Se conserva una interesante descripción del estado de trance en que caían los aspirantes antes de un examen, escrita por alguien que pretendía ingresar al clan Medicina, mientras aprendía los complicados dialectos anatómico-fisiológicos de esta secta (Fig. 6): “Anda uno como zombie, los ojos saltones y la mirada perdida en el espacio. Con taquicardia, temblor galopante,

Fig. 7. Levantamiento de curriculum.



astenia, anorexia total, diarrea mental y de la otra, insomnio y viene el colapso”.

Después de rendir la tesis y el examen final, los iniciados eran marcados con un anillo, en una ceremonia llamada fiesta de graduación, que para celebrarse requería dejar en bancarrota a los padres del nuevo liquenciado o lanzaba a los candidatos a mendigar a las calles con unos papelitos llamados boletos de rifas y kermeses. Durante la graduación, se les entregaba a los iniciados un documento donde el rector asentaba un símbolo cabalístico. El rector era el científico que presidía la Universidad, no era el más sabio, ni el de mayor edad sino el científico que hablaba más y que había sufrido la enfermedad sagrada llamada “política”.

No estamos muy seguros de la finalidad de dicho documento, algunos creen que servía con fines meramente ornamentales, pues los científicos gustaban de coleccionar papeles como estos para enmarcarlos y colocarlos en un lugar visible. Otros afirman que estos documentos servían como amuletos para ahuyentar a los malos espíritus.

Los científicos ya iniciados, eran gentes de costumbres extrañas: se encerraban en catacumbas húmedas llamadas laboratorios con todo tipo de bichos y aparatejos o en cubículos atestados de sagradas escrituras, según el clan. Los que habitaban en las catacumbas, solían llevar un ropaje ritual de color blanco o bata, siempre impregnado de manchas, de sangre o de hoyos.

Sus actividades eran rutinarias: jugaban con sus aparatos o sus animales, comunicaban por tradición oral los lenguajes secretos y establecían pruebas, mientras escribían más y más pasajes sagrados. Eran esclavistas con ayudantes de laboratorio, de cátedra y de todo. De hábitos caníbales cada vez que algún científico fallaba se lo comían vivo o lo quemaban en público. Hacían competencias deportivas, Fig. 7 con un enorme contenido místico, de ellas, la más famosa era el torneo levantamiento de curriculum, donde el que llevara auestas el más pesado era aclamado por los otros.

Cada año, un acontecimiento estremecía al mundo científico, cuando los sacerdotes y

Fig. 8. Premio Nobel.



profetas vedas de Suecia y Noruega decidían beatificar en vida a algún jefe académico. Entregaban un premio metálico y una medalla al ganador de una competencia internacional llamada Nobel, (Fig. 8). El triunfador era mencionado de inmediato en los últimos pasajes de las sagradas escrituras y obtenía su sitio en el cielo científico.

Ganadores del Nobel o de premios menores organizaban procesiones o simposia, donde acudían los peregrinos a rendirle pleitesía, mientras ellos juzgaban y establecían las modas científicas.

Esto es todo lo que sabemos de los científicos del siglo XX, que como el esplendor maya y los dinosaurios se extinguieron misteriosamente.